



«La cruz del diablo», de John Gilling.

nos narra (el desarrollo de un robo perfecto, que comienza a compliarse al poco tiempo de iniciarse) no es, por supuesto, una temática original ni novedosa. Tanto ésta como el trabajo específico de la «puesta en escena» se remiten al más tradicional lenguaje cinematográfico; no existen mayores deseos de penetrar esa anécdota hacia rumbos más complejos.

Queda en pie, sin embargo, lo señalado anteriormente la dignidad de Comerón en su deseo de cumplir los objetivos propuestos, por muy rutinarios que éstos sean. ■ D. G.

### Un baldío esfuerzo de dignidad

De las tres «leyendas» («El Monte de las Animas», «La cruz del diablo» y «El Miserere») de Gustavo Adolfo Bécquer utilizadas por Juan José Porto y Jacinto Molina como punto de partida para el guión del film que lleva como título el de la segunda, es de «El Monte de las Animas» de donde se ha conservado un mayor número de elementos, mientras que de «El Miserere» apenas hay otra cosa que el coro de frailes resurrectos. Cabría preguntarse, entonces, por qué se ha escogido «La cruz del diablo» como nombre definitivo de la película, y la respuesta creo que hay que encontrarla en

la «moda diabólica» que sufrimos a partir del éxito internacional de «El exorcista». El detalle puede parecer anecdótico, pero no lo es tanto, ya que incide en el amplio confusionismo que sufre el espectador a la hora de elegir su espectáculo. Insinuar al público que va a ver un determinado tipo de film y darle otro, es un juego peligroso del que muchas películas han resultado dañadas.

Reconozco, por otra parte, que ésta no es la principal pregunta a formular respecto a «La cruz del diablo», sino esta otra: ¿Por qué se ha hecho un tan notable esfuerzo de producción como el que aquí se percibe, por qué se ha llamado a varios excelentes profesionales de nuestro cine, por qué se ha traído incluso a un director inglés —John Gilling—, nada brillante, pero con una cierta especialización en el cine de terror, para poner todo ello al servicio de un guión tan endeble y desafortunado (diálogos incluidos) como el de Porto y Molina? Realmente, a lo largo de todo el film se nota una continua disociación entre los medios puestos en juego, el cuidado con que se percibe ha sido planeada y rodada la película y el material que le sirve de base, capaz —con la esforzada ayuda de los actores— de desencadenar las risas del público en el último tercio de película, como sucedió en

la noche del estreno madrileño, precisamente cuando los delgados hilos que sujetan la trama de la obra se enredan definitivamente.

En un terreno tan resbaladizo como en el que quiere moverse «La cruz del diablo» —el cine «fantástico», la mezcla no definida entre realidad y sueño, la angustia psíquica de lo inconcreto—, se hace preciso, quizá más que en ningún otro, una exacta y lógica consiguiente (¿volvemos a citar «El manuscrito encontrado en Zaragoza?»). No lo han logrado así Molina y Porto, inventores de personajes tan inútiles como el de Carmen Sevilla, o situaciones del mismo signo, como el principio «inglés» del film. Con lo que el elogiable esfuerzo de conseguir un producto digno, no insultante para el espectador, se revela desesperantemente baldío. ■ F. L.



### LOU REED, portavoz de una generación suicida

Puede definirse la década de los 70 como la de las grandes desilusio-

nes juveniles: la revolución generacional iniciada en la década pasada ha concluido; se han agotado los campos de hierba, han fracasado las comunas, que algunos creyeron alternativa posible a la familia burguesa... El mayo francés del 68 fue el último coletazo de una revolución anti-tecnocrática, suprapolítica, técnicamente imposible, y el Maharishi y demás gurús han demostrado a las claras que el misticismo oriental puede convertirse en un «ersatz» tan vendible como las sopas Campbell, cuyos envases mitificó Andy Warhol.

En algunos casos —en casi todos—, desilusión, desengaño, son sinónimos de lucidez, y la «generación rebelde» de los sesenta se ha vuelto lúcida. Su música, la llamada música «pop» —que antes era medio transmisor de un mensaje optimista de cambio y de revuelta—, tiene ahora acentos de desencanto, a veces de desesperación. Ya no cantan los Beatles «All You Need Is Love», y la violencia de los Rolling Stones ha dejado de aconsejarnos que luchemos en las calles. Al nuevo «rock» se le llama decadente o degenerado, con bastante acierto. La nueva música «pop» expresa una decadencia, un desgaste; pero su propia cualidad reflexiva y testimonial la distancia de aquello mismo que expresa. Lo que está verdaderamente en decadencia es la sociedad que la ha engendrado, y si el mensaje ya no es optimista, no es por ello menos revolucionario, ya que denuncia la podredumbre absoluta de la que surge.

Dentro del llamado «rock» decadente está —y es quizá su máxima figura— Lou Reed. Una terrible leyenda se ha forjado en torno a él desde los tiempos en que era compositor y cantante del Velvet Un-

derground. Desde sus comienzos, en 1966, el nombre del conjunto fue sinónimo de perversiones sin cuento, de errores desencadenados, que hicieron que fuera repudiado incluso por los «hippies». Reed es un músico ya veterano, que tendrá ahora unos treinta y dos años —como Mick Jagger o John Lennon—, y que lleva en el «show bussines» desde los dieciséis. En 1964 fundó, con John Cale, Sterling Morrison y Maureen Tucker el conjunto The Falling Spikes. En 1966 se encontraron con Andy Warhol, que se interesó por su trabajo. Cambiaron su razón social a Velvet Underground, y —junto con la cantante y modelo de origen alemán Nico y el bailarín Perald Marlanga— organizaron el espectáculo «The Exploding Plastic Inevitable», basado en ideas de Warhol. Fueron los primeros en utilizar la técnica del «lightshow» —proyecciones de diapositivas y luces de colores—, que luego sería uno de los trucos de la música psicodélica. Tanto el conjunto como el espectáculo por ellos montado estaban a años de distancia de lo que entonces hacían los conjuntos de «rock» ingleses —Beatles, Stones, a medio camino entre el «rythm'n'blues» y la canción popular inglesa— y los psicodélicos americanos de la West Coast, tomadores de ácido y cantores del amor universal. La música de Velvet Underground entroncaba con los «blues» urbanos: cantaban el lado oscuro de la vida, las drogas sin retorno —«Heroin», canción prohibida por la férrea censura discográfica de nuestro país, fue una de las primeras que compuso Reed—, las perversiones sexuales —«Venus in Furs» es un homenaje a Sacher (Masoch)—, la muerte y el misterio. No era lo que estaba de moda, no

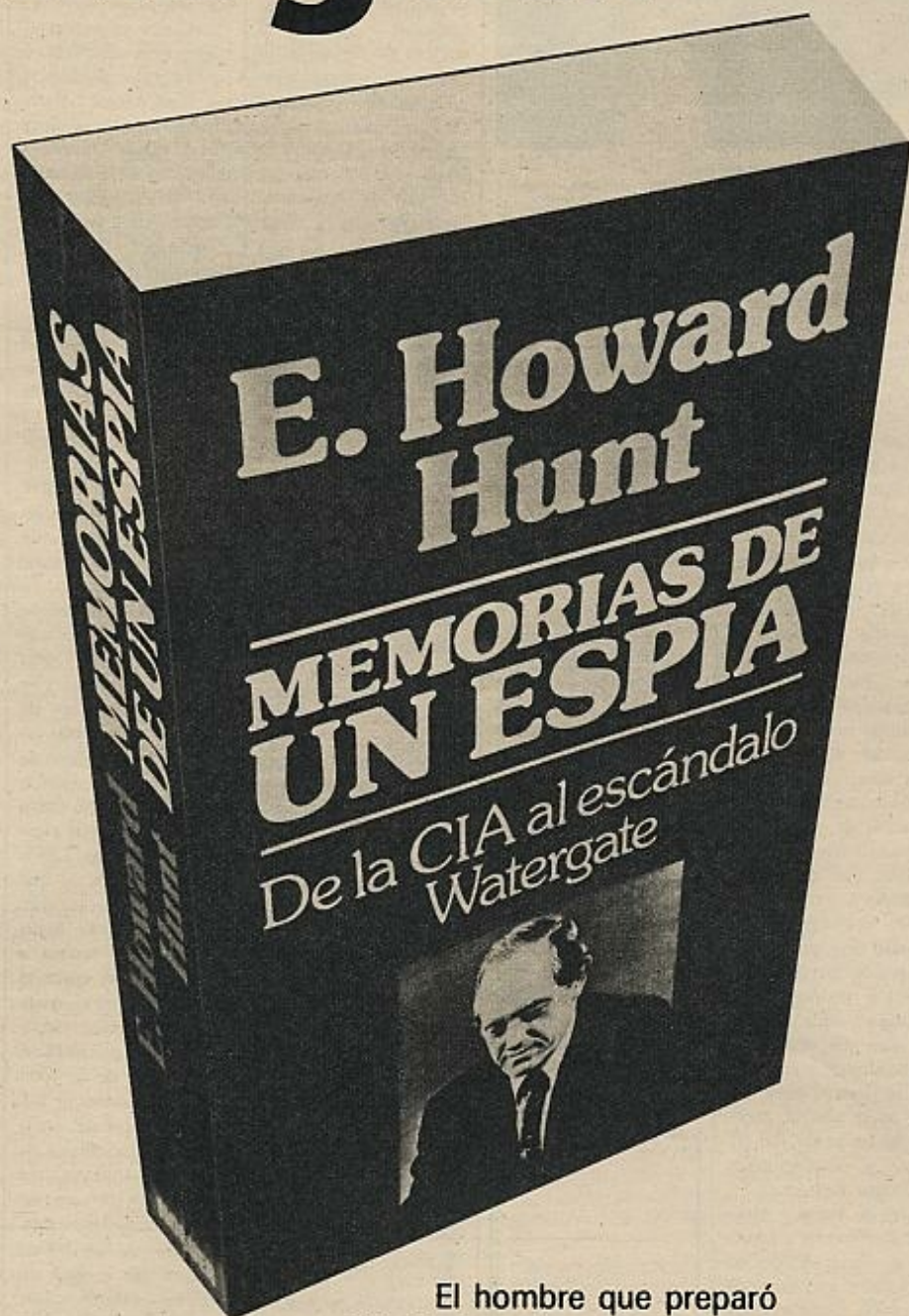
era lo que los jóvenes americanos, recién embarcados en la aventura «hip», hipnotizados por Tim Leary y Allan Watts, deseaban oír. El Velvet Underground obtuvo muy poco éxito, y se disolvió en el año setenta, tras grabar únicamente cuatro álbumes.

Lou Reed desapareció entonces de la vida pública, se supone que se retiró a casa de sus padres y se dedicó a escribir poesía, y tal vez a desintoxicarse de su adicción a la heroína. Hasta que, en 1972, volvió a aparecer, en un concierto que dio en el Bataclan de París, junto a Nico y a John Cale, sus antiguos compañeros del Velvet. Y en el mismo año grabó su primer disco en solitario, llamado simplemente «Lou Reed», en el que le acompañaban músicos de la talla de Rick Wakeman.

Por el año 72 ya había hecho eclosión el fenómeno músico-publicitario llamado «gay rock» —cuya traducción literal sería «rock marica»—; en Londres triunfaba David Bowie, ambiguo muñeco de plástico que declara en público su bixesualidad. Bowie había contraído una enorme deuda artística con el Velvet Underground, al que debía su frescura y parte de sus procedimientos musicales. Y decidió producir el segundo disco de Lou Reed, «Transformer». Este es una especie de autoparodia, de exageración consciente de lo que fue la «escuela» de Nueva York: se marcaba el énfasis en la ambigüedad, en la «perversión» sexual, en una frialdad de buen tono que enmascara y desvela a un tiempo el desmoronamiento interno. Reed era el mito que hacía falta, el que más podía encarnar la imagen fría y de vuelta de todo de los jóvenes de los 70. Su canción «Walk on the Wild Side», en la que, con un



# Novedad Noguer



El hombre que preparó  
y dirigió el asalto al Watergate  
y provocó la caída de Nixon, nos ofrece  
un agudo análisis de los hechos, los personajes  
implicados y el modo de operar de la CIA.  
*El documento vivo. Ilustrado. 425 pesetas*

**Distribuye  
NORILDIS**



fabuloso acompañamiento de saxo, contaba la historia del grupo de travestis reunidos en torno a Andy Warhol, se convirtió inmediatamente en un «hit» mundial. Gracias a ello, la publicidad exhumó el cadáver del Velvet Underground, y la máquina del «gay rock» tomó nuevas fuerzas. La industria discográfica necesitaba una nueva mitología que lanzar al mercado tras la separación de los Beatles, y los mismos jóvenes la necesitaban también, pues la asimilación por el sistema establecido de sus mitos anteriores era demasiado evidente. Reed y David Bowie, juntos, abrieron las puertas a mil y un grupos que empezaron a cantar con voz de falsete, a pintarse los ojos y a usar trajes de señora. Nació una nueva moda, surgida —como todas— de un fenómeno honesto y real: la búsqueda de una liberación de las trabas sexuales, el rechazo a una sociedad machista y patriarcal.

Reed es, como todos los cantantes «pop», una imagen catártica, una figura mitológica —Dionisos Zagreo, el despedazado— encarnada. Su apariencia de chulito neoyorquino —pantalones vaqueros usados, camisa negra, zamarra de cuero—, su maquillaje expresionista, que hace pensar en el sonámbulo asesino del «Doctor Caligari»; sus gestos, que oscilan entre la brusquedad y el amaneramiento... todo ello responde muy bien a lo que son —o a como se ven— sus espectadores, los desengañados que no han encontrado los paraísos que buscaban en Marrakech o en Katmandú, y han tenido que volver al infierno ciudadano de suburbios y discotecas, marginados ya para siempre. Con una voz desgarrada, a medio camino entre Edith Piaf y Lotte Lenya, Reed nos cuenta un mundo que no es maravilloso: calles frías al amanecer, chulos que ligan en los urinarios, policías que no aceptan flores... Sus can-

ciones son poemas de un folklore urbano que ya hacía —salvando las distancias estilísticas— Carlos Gardel en sus tangos. Sus poemas de la degeneración neoyorquina, del frío desamor de la gran ciudad, cuentan algo que nos está ocurriendo a todos en Nueva York, en París o en Barcelona. Exponen el fracaso de una sociedad que vende heroína del mismo modo que vende electrodomésticos porque no puede proporcionar auténtico bienestar, sino sustitutos mortíferos de éste.

Reed actuó en Madrid los pasados días 21 y 22 de marzo. En ambas ocasiones, el público fue escaso, lo que se puede explicar por el elevado precio de las entradas —400 pesetas— y por la mala organización de los promotores. El cantante se encontraba enfermo —excesos...— y malhumorado por la vigilancia monstruosa que su «manager» ejercía sobre él. Se había pasado todo el tiempo encerrado en la jaula dorada de su «suite» del Meliá Madrid, sin poder salir a la calle más que para tocar. Actuó sin entusiasmo, como ensimismado: le tuvieron que llevar al es-

cenario a rastras porque casi no podía moverse. Sin embargo, tanto su voz como sus pocos gestos —contenidos, crispados— resultaron francamente estremecedores. Lejos del gran espectáculo de David Bowie o de los Stones, sin desmadres eróticos, consiguió transmitir la absoluta verdad de su máscara. Se notaba una sinceridad básica y absoluta en lo que estaba haciendo. Gran parte del público asistente, sin embargo, no lo entendió muy bien. Esperaban otra cosa, quizá una decadencia más visible —un «rock and roll» más agitado. Le gritaban «¡Estás dormido!» y cosas por el estilo. Iluminado con focos verdes, amarillos y ultravioletas que acentuaban su palidez de cadáver, hizo Lou Reed una recreación de viejos temas suyos —«Berlín», por ejemplo—, que demostró que a pesar de sus muchos «handicaps» físicos, es un creador todavía en plena posesión de sus facultades, y de quien se debe esperar —si no muere antes, comido por la heroína— una obra musical y poética que superará a la de Bob Dylan. ■ HARO IBARS.

Lou Reed.



TELEVISION

Los cinéfilos

Son ya varios los reportajes que sobre el mundo del cine vienen emitiéndose con cierta regularidad en el Segundo Programa de Televisión. Hace unas semanas comentábamos la coherencia y la inquietud de la «Revista de cine», que dirigen José Manuel Fernández y Antonio Cardenal. Esporádicamente, la «Página del viernes», que también se emite en el Segundo Programa a última hora de la noche, dedica parte de su espacio a la cinematografía, tratando igualmente de encontrar las cuestiones más vivas y polémicas. Así, la última semana, un programa realizado por Puértolas y Sousa incidía en uno de los grandes problemas del cine español a partir de ese supuesto ambiguo del «cinéfilo»; comenzando con la descripción «biológica» de ese fervoroso amante del cine, el programa rápidamente se enfocaba hacia la gran dificultad que tanto ese animal «que vive del cine y para el cine», como el ciudadano que sólo quiere encontrar en las salas de proyección los elementos culturalmente vivos a que tiene derecho, encuentran en su desarrollo: la censura. Cuestión ésta que obliga a unos y a otros a dirigirse hacia las ciudades colindantes con las fronteras españolas para conocer ese cine que aquí se les prohíbe. Y, naturalmente, allí fueron también los realizadores de este programa que comentamos. De esta forma, «Página del viernes» ofrecía un documento vivo, televisivamente ejemplar, que, combinando testimonios directos, fragmentos de películas y datos científicos, cabría una definición profunda y adulta sobre ese elemento del cine al que se ha dado en llamar «cinéfilo». ■

LIBROS

ANTONIO MACHADO, José María Valverde. Siglo XXI. EN EL OTRO COSTADO, Juan Ramón Jiménez. Edición de Aurora de Albormoz. Júcar. REQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL, R. J. Sender. Destino. EL FUTURO DE LA NOVELA, Henry James. Taurus. PAREJAS, J. Updike. Júcar. HISTORIAS DE ALMANAQUE, Bertolt Brecht. Alianza. EL TEATRO DE IBSEN A BRECHT, R. Williams. Península. HISTORIA SOCIAL DEL TEATRO, M. Berthold. Labor. EL CINE DE ALLENDE, F. Bolsoni. Fernando Torres. LA FILOSOFÍA MORAL CONTEMPORÁNEA, W. D. Hudson. Alianza Universidad. JAURES, M. Auclair. Grijalbo. LA DEMOCRACIA ATENIENSE, R. R. Adrados. Alianza. ORIGEN Y DESARROLLO DEL CAPITALISMO ESPAÑOL, J. L. García Delgado. Cuadernos para el Diálogo. FE EN LA TIERRA, Alfonso C. Comín. Desclée de Brower.

CINE

Madrid

JUEGOS DE NOCHE, de Zetterling (Alexandra). AMARCORD, de Fellini (Galileo-Drugstore). LA MUJER DE JUAN, de Bellon (Palace). BELLE DE JOUR, de Buñuel (Pompeya). EL AMOR DEL CAPITAN BRANDO, de Armiñán (Azul). BANANAS, de Allen (Espronceda, sesión de noche). CORAJE, SUDOR Y POLVORA, de Richards (Oporto-Roma). CHINATOWN, de Polanski (Paz). HABLA, MUDITA, de Gutiérrez (Goya-San Diego). LOS NUEVOS ESPAÑOLES, de Bodegas (Luchana-Torre de Madrid-Richmond). EL PEQUEÑO SALVAJE, de Truffaut (Dúplex, sala 2). ¿QUE OCURRIÓ ENTRE MI PADRE Y TU MADRE?, de Wilder (San Carlos). EL SEDUCTOR, de Siegel (Quevedo). TAL COMO ERAMOS, de Pollack (Vista Alegre). VERANO DEL 42, de Mulligan (Coliseum). LA VIUDA COUDERC, de Granier Deferre (Riviera). FILMOTECA NACIONAL: Véase programación diaria.

Barcelona

EL ESPIRITU DE LA COLMENA, de Erice (Ars). UN SABOR A MIEL, de Richardson (Ars). JUEGOS DE NOCHE, de Zetterling (Arcadia). AMARCORD, de Fellini (Maryland). LA MUJER DE JUAN, de Bellon (Moratin). EL AMOR DEL CAPITAN BRANDO, de Armiñán (Cataluña). LA CONVERSACION, de Ford Coppola (Diagonal). CHANTAJE CONTRA UNA ESPOSA, de Losey (Barcino). CHINATOWN, de Polanski (Vergara). GRITOS Y SUSURROS, de Bergman (Diana). LOS NUEVOS ESPAÑOLES, de Bodegas (Alexandra). VERANO DEL 42, de Mulligan (Fantasio). LOS VISITANTES, de Kazan (Lido). FILMOTECA NACIONAL: Véase programación diaria.